

## EL CENTENARIO DE BOYACA

### en el Colegio del Rosario

Hermoso e imponente se veía el claustro principal del Colegio Mayor el jueves 7 de agosto. Un numeroso y selectísimo concurso, pleno de severo entusiasmo y de exquisita distinción, colmaba los amplios y bien engalanados corredores. Ocupaban puesto de honor en el estrado el señor Ministro de Relaciones Exteriores, en representación de S. E. el Presidente de la República, y los Ilustrísimos señores Arzobispos de Medellín y de Popayán, Obispos del Socorro y Pamplona y Vicario Apostólico de Riohacha.

En el frente, La Bordadita, destacada sobre el iris de la bandera colombiana; a un lado, la grave y reposada efigie del padre de la patria, y del otro, la muy gallarda del general Santander.

Abierta la sesión a los acordes de nuestro himno patrio, apareció en la tribuna, majestuosa y procera, la figura de Monseñor Carrasquilla. En su alocución breve pero entusiasta, palpitan con inflamado acento el corazón del patriota y el alma del artista.

«Permitid, señores, que en este augusto recinto, cuna de la República, hogar intelectual de los próceres, cárcel y capilla de los mártires de la patria, un oscuro sacerdote que ocupa indignamente la sede rectoral de Gallardo, de Caycedo y de Rosillo, pero que a falta de méritos propios lleva en sus venas sangre de libertadores, lance un grito de amor y de entusiasmo en el centenario de la épica batalla de Boyacá, que hizo a nuestra nación independiente y soberana, le concedió el dón precioso de las libertades civiles y, suprimiendo distinciones de razas y de castas, declaró a todos los ciudadanos iguales ante la ley, como son iguales ante Dios.

«Esta mañana, al celebrar el sacrificio de la nueva

alianza, di gracias al Todopoderoso, árbitro de la suerte de los pueblos, por tan señalados beneficios y porque encendió, para concedérselos, la llama del genio en la mente de Bolívar y le dio tenientes y soldados dignos de entenderlo y secundarlo.

«Reconstruyo en la fantasía la escena de hace un siglo. Veo al Libertador llegar a la cabeza de la tropa y al largo trote de su caballo de guerra a la altura que domina el valle y el puente de Boyacá. Párase un instante, otea rápidamente al ejército enemigo atrincherado en el puente y en las márgenes del río, conferencia brevemente con Soubllette y dispone sin dilación el combate. Da el mando del centro y de la derecha a Anzoátegui, que habría de morir en breve, rendido al peso de la gloria; a la izquierda Santander, que había organizado el ejército y decidiría la victoria. Miro a los patriotas mal vestidos y armados, rendidos por la fatiga, y advierto el contraste entre los atezados rostros de los llaneros, las bronceadas caras de los soldados de Tunja y los ojos azules y las rubias cabelleras de los héroes de la Legión británica. Oigo el toque a la carga, el estruendo de la furilería, el retumbo de los cañones, el relinchar de los caballos. Los centauros del Llano descienden como un alud por la pendiente y arrollan cuanto encuentran a su paso. Barreiro y todo su ejército caen prisioneros y el Libertador parte solo, sin un ayudante siquiera, a tomar posesión de Santa Fe, ocupada todavía por considerables fuerzas españolas.

«Oh! si la vida del hombre no fuese tan breve, si tuviéramos en este recinto a los vencedores de Boyacá, si pudiéramos tributarles personalmente nuestro homenaje de admiración y gratitud!

«Mas la gloria de los padres se refleja en sus descendientes y nos están honrando con su presencia la hija de O'Leary y sobrina de Soubllette, una de las nie-

tas de Santander y una del General Joaquín París. Les ruego que acepten en representación de sus mayores egregios estas modestas coronas. Querría yo que en vez de estar formadas de frescas hojas de laurel entretejidas con cintas tricolores, fuesen de oro purísimo esmaltado de gemas. Señoras, no veais en ellas el ningún valor material; pensad que vienen del Colegio del Rosario y que, al recibirlas vosotras, quedan adornadas con vuestras altas virtudes y merecimientos de patriotas y de cristianas.»

Momento de profunda emoción fue para todos los presentes el en que el dignísimo Rector del Colegio, con la gentileza propia del caballero, puso en manos de las señoras doña Carolina O'Leary de Portocarrero, doña Sixta Suárez Santander de Fonnegra y doña Margarita París de Ortega, sendas coronas de laurel, ofrenda del claustro a los libertadores en sus ilustres descendientes. Vinieron en seguida el doctor don Juan C. Trujillo Arroyo, con su sobria y elegante reseña histórica sobre la épica jornada que dio cima a nuestra independencia; el doctor don Luis María Mora, con su canto a Boyacá, maciza pieza poética, digna del renombre del autor y de los bravos luchadores a quienes iba dedicada. La concurrencia batió palmas también al joven don Anonio Rocha, por el sesudo y jugoso discurso en que a vuelta de algunas consideraciones de orden político, pone de relieve la significación y trascendencia que para la historia de Colombia tuvo el triunfo alcanzado por los republicanos en el legendario puente que sirvió de piedra angular para constituir cinco naciones.

Gracioso complemento de esta memorable sesión fue la entrega por el señor Rector del Colegio, de una medalla de oro al señor don Nicolás Bayona Posada, vencedor en el concurso abierto entre los estudiantes

con motivo de la gloriosa fecha, y de otra de plata al señor don Juan Francisco Franco Quijano, por sus asiduos, inteligentes y tenaces trabajos en pro de la historia nacional, merced a paciente labor en el archivo y biblioteca del Colegio.

Bayona Posada recitó con elegancia y clara entonación la poesía premiada, y el público aplaudió con verdadero amor y sinceridad la merecida distinción que se hacía a Franco Quijano.

Una vez más patentizó el Colegio del Rosario que al soplo de sus enseñanzas perdura inextinguible el sacro fuego en que templó sus almas toda una generación de héroes y de mártires.

L. E. F.

---

## DISCURSO

DEL CATEDRÁTICO DOCTOR JUAN C. TRUJILLO ARROYO

Señores:

I

La vida de los pueblos tiene conmemoraciones gloriosas que evocan todo su pasado, tiene fechas augustas que rememoran sus hazañas y heroísmos y que despiertan en el corazón de sus hijos uno de los más nobles sentimientos del espíritu: el amor a la patria.

Hemos celebrado ya algunos centenarios gloriosos: el del primer grito de independencia, de 1810; el sacrificio de los mártires en 1816 a 1818, el voluntario y glorioso de Ricaurte, y hoy cúmplenos celebrar el más trascendental de todos: el de la famosísima batalla que selló nuestra independencia nacional, aseguró nuestra libertad y nos dio un hogar propio en la sociedad de las naciones.

Esta conmemoración reúne en sí todas las excelstudes de la magna guerra y es un maravilloso com-